

JORGE CARAVELLOS Y LUCÍA SWICA

Detenidos el 18 de mayo de 1978, asesinados el 20 de julio de 1978

“... se puede afirmar que en el amor, como en la guerra, el camino que más rápidamente conduce a la victoria no es el más corto y directo, si no aquel que por espinoso e impracticable, encierra la seguridad de golpear por sorpresa, allí donde menos se van a esperar, donde el dispositivo es más débil, donde están las grietas...”

Jorge Caravellos.

FAL fue la sigla que a inicios de los de 60 y hasta mediados de 1978, identificó al Frente Argentino de Liberación, Fuerzas Argentinas de Liberación o Fuerzas Armadas de Liberación. Esta organización realizó la primera operación de guerrilla urbana de la historia argentina. Ingresaron a Campo de Mayo por la puerta principal sin disparar un solo tiro. Procedieron al secuestro de un diplomático con un manejo novedoso de la prensa, y

entre otras acciones produjo estafas impecables donde los perjudicados eran los bancos. Constituido por grupos provenientes de vertientes de izquierda como MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria), PRAXIS, PC (Partido Comunista), PCR (Partido Comunista Revolucionario) y PSAV (Partido Socialista Argentino de Vanguardia) entre otros, y que nunca emitieron un documento fundacional. A sus fundadores nunca les interesó dejar sus ideas por escrito, uno de ellos mencionó que “éramos ágrafos”. Hasta 1972 consensuaban las acciones en una “Dirección Nacional Colegiada”, con embrionarios trabajos territoriales o gremiales y consideraban necesario construir y conducir junto a las masas, un “Ejército Popular” para ponerlo al servicio de un amplio “Frente de Liberación Nacional y Social” para marchar hacia el socialismo. Eran grupos exclusivamente de guerrilla urbana y con autonomía de funcionamiento en cada regional: La Plata, Buenos Aires, Tucumán, Santa Fe y Córdoba.

Los orígenes del FAL estuvieron en Lomas de Zamora, Lanús, Esteban Echeverría, corazón de la zona sur del conurbano. Un grupo de cinco jóvenes integrado por Juan Carlos Cibelli, Ricardo Villa, Jorge Borean, Edgardo Pusadella y Jorge Pérez abandonaron el Movimiento Izquierda Revolucionaria (MIR - Praxis), un espacio de reflexión marxista que dirigía el intelectual Silvio Frondizi, hermano de Arturo, presidente de la república entre 1958 y 1962. Esta militancia fue el último anclaje público que tuvieron, ya que posteriormente decidieron constituir una organización absolutamente secreta que no es lo mismo que clandestina. La diferencia fue fundamental, mientras la clandestinidad generaba presencia en la vida política con comunicados y acciones militares reconocidas como propias, ellos no buscaban darse a conocer, ni firmar sus operativos por más espectaculares y exitosos que resultaran. Para conformar esta organización predominó el reclutamiento individual de personas de confianza, priorizar el entrenamiento militar y la preservación con medidas de seguridad.

Su primera acción de envergadura para este grupo de jóvenes marxistas que se referían a sí mismo con el nombre genérico de “la Organización”, se convirtió también en la primera acción de una guerrilla urbana en la Argentina. La misma consistió en robar el 16 de junio

Jorge Caravelos y su hija Sofia.

Onganía y Stroessner, presidentes de facto en Argentina y Paraguay.



de 1962 (séptimo aniversario del bombardeo a Plaza de Mayo), armamento del Instituto Geográfico Militar, ubicado en Capital Federal. Operación que les permitió hacerse de un importante arsenal.

La segunda etapa fue la incorporación de militantes desprendidos del PC y del Partido Socialista Argentino de Vanguardia, entre los que se encontraba Alejandro Baldú y un joven delegado estudiantil del Colegio Nacional “Sarmiento” de la Ciudad de Buenos Aires, apellidado Peralta, que sumó a Jorge Caravelos, detenido en mayo de 1967 portando una pistola *Luger Parabellum*, y condenado a seis meses de prisión por portación de arma de guerra. Este grupo de cuadros medios, por diferencias políticas y metodológicas desplazaron en un plenario a la conducción fundacional, e iniciaron la segunda etapa que culminaría en el 69 con el ingreso a las FAL de un importante desprendimiento del Partido Comunista Revolucionario (PCR).

Simultáneamente a estas incorporaciones, formaron en la Universidad de La Plata pequeños grupos de estudio y discusión, conformados por cuatro o cinco estudiantes de los cuales a posteriori, uno o dos terminaban sumándose. En 1968 Sergio Bjelis, estudiante de psicología e hijo de un yugoslavo que vivía en Bernal, constituyó un grupo con compañeros de la Facultad de Humanidades y se incorporó a “la Organización” Lucía Mirta Swica, joven berissense que vivía con sus padres y su hermano Miguel *el Bebe* en la esquina de Unión (153) y Guayaquil (11). Anna, su mamá, atendió durante años una zapatería familiar. Proveniente de la Escuela Primaria N°11 “Florentino Ameghino” de La Plata, la secundaria la realizó en el Liceo Víctor Mercante. Egresó como bachiller en 1962. Al año siguiente comenzó sus estudios en el Profesorado de Psicología de la UNLP y luego de ganar un concurso, trabajó desde marzo del 66 hasta su renuncia el 1° de octubre de 1969, como celadora en el Liceo. Se recibió de psicóloga a fines del año 1967.

“*Es el laburo perfecto, nos permite trabajar y manejar nuestros horarios, reunirnos sin levantar sospechas y encima nos pagan bien*”, dijo Alejandro Baldú, visitador médico del Laboratorio Wander Suizo a sus interlocutores. Convencidos de la ventaja laboral que permitía tener cobertura legal en esta doble vida, *el Loco* Baldú fue consiguiendo conchabo a sus compañeros en distintos laboratorios, Peralta en “Bayer”, Bjelis en “Cefa”, Caravelos en “Casasco” y otros en “Schering”, “Pfizer” y “Gobbi”. Cobraban buenos sueldos, donaban más de la mitad a la organización, se encontraban en bares cercanos a los hospitales y podían planificar acciones sin levantar sospechas. A sus colegas les llamaba la atención el aislamiento de este grupo que nunca confraternizaba con el resto, y así lo transmitirían a la Policía cuando tiempo después al ser conocidos como “*la guerrilla de los visitantes médicos*”, se convirtieron en los hombres más buscados del país.

La necesidad de recursos para crecer e incorporar logística para nuevos operativos y sostener el funcionamiento, impulsó a “la Organización” a planificar el robo al Banco Popular Argentino ubicado en el barrio de Liniers de Capital Federal. La noche del 6 de diciembre de 1968, con víveres para pasar el fin de semana y herramientas para consumir el robo, cuatro personas permanecieron escondidas en el depósito de un bar esperando el cierre, trepar a los techos, caminar por medianeras, llegar a la terraza del Banco y serruchar una ventana con barrotes para poder ingresar. El comando integrado por Baldú, Caravelos y otros dos compañeros, una vez dentro esperaron hasta el lunes la llegada del gerente y el tesorero a quienes redujeron. Abrieron la bóveda, cargaron los bolsos con dinero, salieron por la puerta principal vestidos con traje y corbata, partiendo cada uno

en direcciones distintas. Los diarios del día siguiente titularon como ellos querían que se viera el hecho: *“delincuentes comunes muy preparados, realizaron cinematográfico atraco”*. El botín les reportó 57 millones de pesos, que equivalían unos 10.000 salarios mensuales de un trabajador medio, que debía trabajar 834 años para ganar esa suma. La operación fue un éxito, permitió comprar tres departamentos, dos camionetas Dodge, un jeep IKA y un camión Mercedes Benz modelo 1961 para ser utilizados en un operativo que ya estaban planificando y que si salía bien, sería un salto cualitativo para “la Organización”, que a esa altura, seguía sin tener nombre.

En la madrugada del 5 de abril del 69 con los móviles adquiridos, camuflados con ropas militares, el Jeep conducido por un “supuesto” sargento acompañado por un “creíble” teniente coronel y detrás, el Mercedes Benz con diez soldados ingresaron por la puerta N°4 de Campo de Mayo al corazón del poder militar del Ejército Argentino. Pasaron otros dos controles, recorrieron 500 metros hasta llegar al lugar donde acampaban tropas del Regimiento de Infantería N°1 “Patricios”, en período de instrucción de tiro. Redujeron a los suboficiales y conscriptos de guardia, el falso teniente coronel Luzuriaga les dijo que estaba en marcha un golpe de Estado y que se hacían cargo de la guarnición. Mientras una parte del grupo controlaba la tropa, Peralta y Jorge Caravelos, los compañeros del colegio, ataban de pies y manos a los soldados allí presentes.

La información era que allí estaban depositados 700 fusiles FAL, que de ser apropiados, les daría un rol de liderazgo ante las incipientes organizaciones que comenzaban a surgir en la lucha contra la dictadura de Onganía. La sorpresa fue mayúscula cuando encontraron el lugar vacío. Días después se enteraron que el jefe del Regimiento ante el feriado de Pascuas y el poco personal disponible, el día anterior resolvió trasladar las armas a otra dependencia más custodiada. Solo encontraron cuatro fusiles y una pistola. Con la misma serenidad y sigilo con que entraron y controlaron la situación (60 soldados que dormían en otras carpas no se enteraron de nada), se retiraron cortando las alambradas del perímetro, se quitaron los uniformes y se dispersaron dejando abandonados los falsos vehículos militares, que horas después ya estaban en poder de la policía.

Al otro día, en la reunión de evaluación Alejandro Baldú confesaba que para ahorrarle dinero a la organización compró gomas nuevas para el camión en la gomería donde siempre llevaba su auto. Los neumáticos tenían un número de serie que permitía rastrear su ubicación desde la salida de fábrica hasta el comercio que las vendía. Cuando comenzó la investigación que tenía conmocionado al Ejército, ése fue el dato que siguió la Policía Federal para ubicar la “Gomería Conde”, sobre Avenida Mitre en Avellaneda. Al llegar recibieron del propietario del local, un detalle pormenorizado del comprador. Los investigadores no tardaron en desentrañar la madeja y a los pocos días tenían el detalle de los integrantes del grupo.

La consecuencia inmediata fue que los involucrados en la operación de manera directa como Baldú, Bjelis, Caravelos, D’Arruda, Malter Terrada (ex alumno del Liceo Naval de Isla Santiago en Ensenada), Henríquez y Peralta, más algunas esposas y novias, debieron pasar a la clandestinidad, tuvieron que abandonar sus trabajos y toda vinculación con su vida anterior. Esa decisión no incluía a Lucía Swica, que antes del operativo se había casado con Jorge Caravelos. Ella realizaba dentro de la organización otro tipo de tareas, que no la ligaban al accionar de ese grupo. Sin buscarlo ni desearlo pasó a ser el único contacto con el exterior, que proveía alimentos, diarios, y transmitía cotidianamente encargos a los clandestinos.

Juan Carlos Cibelli, uno de los fundadores detenido días después, no “cantó” la casa de seguridad y logró vencer a sus interrogadores de que era un pobre diablo que sólo conocía superficialmente a las personas que le nombraban. Describiría al cabecilla del grupo, brindando un identikit basado en la fisonomía de Palito Ortega, pero con pelo rubio. A pesar de la tortura y la cárcel nunca denunció a sus compañeros. Cibelli, recuperaría su libertad la noche del 25 de mayo de 1973 y se alejaría definitivamente de la organización. A la dictadura la desorientaba que el “copamiento” que había humillado y burlado la seguridad militar de la guarnición más importante del Ejército Argentino, no fuera adjudicado por ninguna organización en particular. El 28 de mayo en una conferencia de prensa, anunciaban que el hecho había sido realizado por una “célula comunista maoísta”, sin especificar mucho y sin saber que al otro día el levantamiento popular conocido como el “Cordobazo” cambiaría la realidad de la Argentina.

“La Organización” recién reconocería la autoría del asalto a Campo de Mayo un año después. El 18 de marzo de 1970 en un galpón de Luján, mientras preparaban la logística para apropiarse de los fondos que todos los meses se cargaban en un furgón blindado del Ferrocarril San Martín para pagar sueldos, Carlos Della Nave y Alejandro Baldú fueron sorprendidos y detenidos. Por las medidas de seguridad que aplicaba la organización, y el desconocimiento de dónde podían estar detenidos, llevó al padre de Dalla Nave a presentar un Hábeas Corpus; el sábado 21 su hijo Carlos fue blanqueado en una conferencia de prensa realizada en dependencias de la Policía Federal. Los presentes pudieron observar las secuelas de los golpes y torturas recibidas por el joven de 20 años. Los abogados preguntaban sobre el paradero de Baldú, las autoridades negaban tenerlo, contraatacando con que el detenido más los famosos “siete”: Baldú, Bjellis, Caravellos, D’Arruda, Henríquez, Malter Terrada y Peralta, formaban parte de una organización terrorista muy peligrosa, eran la conducción nacional y estaban todos prófugos. Días después sus rostros impresos en un afiche, estuvieron pegados en las principales calles del país.

Para forzar que el gobierno reconociera tener en su poder a Baldú, comenzaron a planificar el secuestro de un diplomático. Los primeros que estuvieron en estudio fueron el embajador de Alemania y el cónsul inglés de La Plata. Secuestrar a cualquiera de ellos requería de varios días para llevarlo a cabo. La solución la aportó un compañero que tenía información sobre el cónsul paraguayo de Corrientes. El operativo coincidió con la visita al país del dictador Alfredo Stroessner, lo que dio más visibilidad al hecho. Waldemar Sánchez de 56 años, cumplía funciones en el consulado paraguayo de la ciudad correntina de Ituzaingó, y había viajado a Capital para vender su Mercedes Benz con chapa diplomática. Se alojaba con su familia en el Hotel León, ubicado en Callao 758 de la Ciudad de Buenos Aires. Esa tarde, dos personas elegantemente vestidas se presentaron en su hotel como posibles compradores; convencieron al cónsul para que los acompañara a probarlo por los bosques de Palermo, donde lo redujeron y se lo llevaron a una casa en Carapachay. Todo salió perfecto. La noche del 24 de marzo de 1970 avisaron telefónicamente a la agencia Saporiti que en el “Bar Ibérico” de la Avenida Córdoba, en el baño de mujeres encontrarían un comunicado de prensa del “Comando Nacional del Frente Argentino de Liberación”. Ese Comunicado fue en la década del 70, el primer mensaje a la opinión pública de una organización guerrillera en el país. El texto denunciaba la detención de sus dos militantes, que uno de ellos (Baldú) no era reconocido por las fuerzas represivas de la dictadura de Onganía y que ante el fracaso de los reclamos legales, tenían como rehén al cónsul paraguayo.

Exigiendo para la libertad del diplomático, que concluyeran las torturas sobre los detenidos y que ambos fueran presentados públicamente para constatar su estado de salud. El país se conmocionó con la noticia, al otro día los dictadores Onganía y Stroessner almorzaron en Olivos. Ninguno se refirió al hecho y en horas de la tarde el paraguayo se fue de vacaciones a los lagos del sur. El Canciller guaraní ante la insistencia de la prensa, mencionó que el problema estaba en manos de las autoridades argentinas, que no iban a interferir o pedir nada, dando por concluido el asunto. La dictadura argentina reaccionó rápidamente, con ayuda del juez le sacaron al único detenido una declaración en que manifestaba que no se quería ir del país, pedía ser juzgado en Argentina y que no deseaba ser responsable de lo que le sucediera al cónsul secuestrado. La sospecha de que el Loco había muerto en la mesa de torturas era la certeza más firme que a esa altura tenían sus compañeros. Hasta el día de hoy ninguna fuerza de seguridad o juzgado reconoció la detención y muerte pero sin duda podríamos considerar que Alejandro Roberto Baldú fue el primer detenido desaparecido de la lucha armada en la década del 70, con el antecedente lejano de Felipe Vallese (obrero metalúrgico e integrante de la Juventud Peronista) desaparecido en 1962. En ese momento “la Organización” decidió abandonar el secreto de su existencia y convocar a la constitución de un frente de liberación nacional para oponerse a un régimen que protegía asesinos y condecoraba ladrones. Asumió como propios los hechos descriptos previamente e incluyó el fallido “copamiento” del Regimiento 7 de Infantería de La Plata en diciembre del 69. Las cartas estaban jugadas, el gobierno no podía mostrar a Baldú, los paraguayos se lavaron las manos y el o las FAL no tenían con qué presionar. En ese contexto emitieron el último comunicado vinculado a este hecho y, como asesinar al cónsul nunca formó parte del plan, al cuarto día de cautiverio liberaron al prisionero. Invitado por su amiga Virginia Ocampo, se encontraba en nuestro país el escritor inglés Graham Greene, quien impactado por lo sucedido, escribió años más tarde una de sus novelas más reconocidas: *El cónsul honorario*, que en 1983 fue llevada al cine con la actuación de Michael Caine, Richard Gere, Bob Hoskins, Joaquim de Almeida y Elpidia Carrillo.

A fines del 69 Jorge y Lucía, buscados y con pedidos de captura, se instalaron en la ciudad de Córdoba con dirigentes provenientes de un grupo escindido del PCR. El traslado tenía como objetivo fortalecer esa regional y potenciar los incipientes frentes gremiales, estudiantiles y políticos. A poco de llegar comenzaron a surgir diferencias entre los “históricos” como Caravelos y Swica, con la vertiente del PCR que por el momento se taparon con la realización de varios operativos, entre ellos, uno de repercusión nacional como fue la “expropiación” de un camión del Frigorífico CORPAC con 500 kg de pollos que fueron distribuidos entre los trabajadores del SMATA (Sindicato de Mecánicos y Afines de Trabajadores Argentinos) que realizaban una huelga. En la regional, a Jorge o Matías, lo definían como “*un hombre con la cabeza abierta con quien se podía conversar e intercambiar ideas*”, y a Lucía, que utilizaba el seudónimo de Virginia, como que “*hablaba poco y era la responsable de proveer a la organización de documentos, cédulas del automotor, sellos, etc. Era una compañera serena, muy segura en sus convicciones políticas e ideológicas, una gran compañera*”.

Al cumplirse el tercer aniversario del asesinato del Che, el 11 de octubre junto a otros dos militantes, coparon una radio de circuito cerrado con más de 4000 abonados, que se escuchaba en restaurantes, bares, discotecas, oficinas públicas, la jefatura de policía, y otros comercios de Córdoba capital; durante varias horas pasaron la “Marcha de San Lorenzo” y una proclama que se repetía. Esta acción apareció en diarios provinciales y nacionales

como *Clarín*, *La Razón*, *Crónica*, en la revista *Primera Plana* que lo reflejaban así: “el martes a la noche los parroquianos de bares y restaurantes servidos por la música funcional de ‘MusicHouse’, se alborotaban ante la proclama irradiada por los parlantes con las voces graves y alternadas de un hombre y una mujer, luego de manifestarse contra la dictadura del general Levingston, y tras desechar alternativas electoralistas y las falsas opciones entre peronistas o antiperonistas, comunistas o socialistas, instaban a seguir el camino del Che y culminaban llamando a buscar lo que nos une y no tomar lo que nos divide”.

Entre los años 1970 y 1971 desplegaron su mayor actividad, realizando alrededor de 40 acciones entre las que sobresalieron la distribución en barrios populares de un camión de productos lácteos de la empresa “Sancor”, y un camión frigorífico con carne. Para el día de Reyes del año 71 repartieron juguetes en barrios populares, prendieron fuego las oficinas de Inteligencia del gobierno de los EE.UU., ingresaron al centro de reclutamiento de la Armada Argentina destruyendo materiales y pintando en las paredes consignas contra el régimen. Asaltaron la sede de FIAT, la Justicia Electoral, Correos y otras acciones de propaganda. A la par que crecía la actividad también se incrementaban las tareas de inteligencia de las fuerzas de seguridad. En una ciudad como Córdoba no fue difícil comenzar a encontrar pistas de los integrantes de las FAL, y fue así que el 14 de abril del 72, según el diario *Crónica*, fueron detenidos en su domicilio “Jorge Caravelos (a) Pepe ó Pepe Bouza ó Pacheco ó Matías, argentino de 26 años, visitador médico; Mirta Lucía Swica de Caravelos, argentina de 26 años, profesora de psicología; y Eduardo Alfredo Morogh, quienes pasan a disposición de la Justicia por considerarlos incurso ‘prima facie’ en los delitos de asociación ilícita, falsificación de documentos públicos y tenencia de armas de guerra”. Este golpe significó el final para la brigada que conducían, y el resto realizó algunas operaciones menores, pero para 1974 no quedaban rastros de la FAL en Córdoba.

A mediados del 72 el matrimonio fue trasladado a la cárcel de Villa Devoto de donde saldrían en libertad al asumir la presidencia Héctor Cámpora el 25 de mayo de 1973. Los vecinos del barrio aún recuerdan el recibimiento que realizaron las distintas vertientes políticas con banderas de las FAL, FAP, FAR y Montoneros, que a puro bombo y redoblante y al grito de “*Reviente quien reviente, libertad a los combatientes*”, “*Unidad, unidad*” “*Ya van a ver cuándo vengamos los muertos de Trelew*”, recibieron al matrimonio liberado horas antes, en la esquina de Unión (153) y Guayaquil (11), frente a la calesita de *Mimito* Di Franco, que ese día paró su carroussel para sumarse a la bienvenida. Para 1973 las FAL, sin conducción nacional y sin liderazgos claros como propuesta política o militar, estaban agotadas; la coyuntura generada después del “Cordobazo”, las protestas y movilizaciones sociales contra la dictadura, el regreso de Perón y su triunfo electoral, tornaban inviable el mantenimiento de un frente que sólo priorizara el accionar militar sin trabajos de inserción territorial o gremial. Las diferencias políticas internas, el encarcelamiento de un número importante de sus miembros, el surgimiento de otras organizaciones armadas como Montoneros FAR, FAP, PRT-ERP, que conectaban de manera distinta con lo que estaba sucediendo en el país, eclipsaron y relativizaron el rol de las FAL, que pasaron a funcionar en comandos que de manera independiente y autónoma, mantenían el uso de la sigla madre con algún agregado. Como fue el caso de FAL “22 agosto”, FAL “Che”, FAL “Inti Peredo”, FAL “Máximo Mena”, FAL “América en Armas”, FAL “Benjo Cruz”, FAL “Brigada Masetti” entre otras. La última etapa de esta organización denominada por Ariel Hendler en un trabajo de su autoría *La guerrilla invisible*, duraría hasta mediados de 1978, cuando estas Brigadas se incorporaron

al PRT-ERP o a la Organización Comunista Poder Obrero (OCPO), otras se dispersaron o en el peor de los casos sus miembros fueron asesinados o permanecen desaparecidos por el accionar de la represión después del golpe.

Al regresar a Berisso, Jorge y Lucía con su hija Sofía de tres años, alquilaron un departamento en Villa Argüello. La vida sin los avatares de la clandestinidad no fue lo esperado, al poco tiempo decidieron separarse. El 1° de julio de 1973, Lucía tomó 9 horas suplentes en la asignatura Psicología en la Facultad de Humanidades de La Plata. Con la muerte de Perón y después del asesinato por la CNU de los dirigentes Achem y Miguel de ATULP (Asociación de Trabajadores de la Universidad Nacional de La Plata), la universidad fue intervenida y el personal designado después del 25 de mayo del 73 fue cesanteado. Con la ayuda de su amiga Nora, consiguió trabajo en el Politécnico Industrial de Berazategui (actual EET N°3), y con la pequeña Sofía se fueron a vivir a esa localidad. Ya no militaba en política partidaria pero sí formó parte de la creación de AEB (Asociación de Educadores Bonaerenses), que luego se insertaría en SUTEBA. Jorge se la rebuscaba con lo que podía. Su último trabajo conocido fue la Empresa "Contín" como vendedor de autos. Mientras tanto, las distancias y las ausencias fueron limando las durezas de otros tiempos. El olvido, que en ocasiones se torna selectivo, se llevó la mitad y decidieron darse una oportunidad para reconstruir la familia, alquilando un departamento frente a las vías del tren en Villa Elisa.

Sofía, desde la ventana de su cuarto veía a su mamá caminando hacia la estación y escuchaba el rumor cada vez más fuerte del tren al llegar, *"subía al vagón, yo no sabía lo que pasaba allí, pero sabía que le hacía bien. Los años me hicieron descubrir que se abría un mundo para ella con ese tren. El Politécnico de Berazategui fue el único lugar donde la aceptaron luego de que salió de la cárcel en el 73. Cada año irremediamente el calendario llega al 18 de mayo. Todas las veces, cada vez, el 18 de mayo mamá sale de casa y toma el micro para ir a La Plata. Va a conversar con papá, que la noche anterior, no ha dormido en casa. Se encuentran en la esquina de 6 y 45, frente a la librería de Emilio Pernas, y van a un bar. Toman un café. Y discuten. Y se pelean. Y Suben la voz... Ninguna de las veces, ninguna*

**LA POLICIA FEDERAL ARGENTINA
RECOMIENDA LA CAPTURA**



ACUSADOS ANTE LA JUSTICIA
POR CONSPIRACION PARA LA REBELION, ROBO, ASOCIACION
ILICITA Y TENENCIA DE EXPLOSIVOS

SE PRESENTA A LA POBLACION PARA SU FIDELIDAD... AUTORES DE ASALTOS A BANCOS Y AEROPUERTOS MILITARES...
QUE NO SE LES PRESENTA ALMOZAMIENTO EN BOTELLAS O ESTABLECIMIENTOS ANALOGOS, ALGUNOS DE REQUERIR
PARTICIPACIONES NUESTRA RELACIONES CON ELLOS A LA POLICIA FEDERAL ARGENTINA O A LA DEFENSA
POLICIA MAS PROXIMA, EN TODO EL PAIS



de las tantas veces que en estos años, la escena se repite y se repite, yo ni nadie puede avisarles que no salgan, que no discutan, que los están siguiendo, que si esa vez zafan quizás...pero no. Salen del bar, siguen discutiendo. Mamá le pega unos carterazos a papá. Él sabe que eso no está bien; ese día, en ese lugar. Y los detiene la maldita policía. De allí a la Comisaría 8ª y luego a 'La Cacha', a disposición del área operacional 113. Los días que siguen a ese 18 de mayo siempre son fríos. Y siempre y cada vez que llega el calendario a esa fecha, tonta de mí, me pregunto si la ropa de ambos ese día habrá sido suficiente para las siguientes noches, para que no se le hielen los huesos. Los 23 de mayo, los 6 de junio, los 25 de junio y así...vuelvo a quedar atrapada en esos días de 1978. Vuelvo a recorrer edificios de la mano de mi abuela Anna. Día tras día, con mi carterita de cuero llena de paquetes de semillitas y algunas cosas más, por las dudas nos dejen verlos. Con la carterita de cuero y con la tejida también, cruzada al hombro porque me quedaba muy larga. Pasillos, puertas grandes de madera trabajada, pisos limpios y brillantes. Pero no. No aparecen. Nunca aparecen. Hasta que llega el 20 de julio y ese día termina todo. Con ese golpe un poco más arriba de la nuca, en ese descampado en Florencio Varela”.

Por testimonios de ex-detenido se supo que estuvieron en el Centro Clandestino de Detención “La Cacha” y en la Comisaría N°8 de Villa Elvira. Los cuerpos de ambos aparecieron calcinados dentro de un auto en la madrugada del 21 de julio de 1978, pocas horas después de que fueran dados de baja en el libro de la dependencia policial. El parte oficial hablaba de dos cuerpos arrasados por el fuego, mutilados tras un accidente de tránsito. Un vehículo Fiat 125, robado un día antes, en llamas, a la vera de la Ruta Provincial 53, a la altura de Florencio Varela. En los alrededores y a salvo del fuego, fueron encontrados un carnet de conducir a nombre de Jorge Caravelos y como detalle: un par de anteojos y un mocasín. El juez Carlos Mayón, quien había rechazado un Hábeas Corpus interpuesto por la madre de Lucía, validó los informes de la Policía bonaerense consignando como carátula del hecho: “...NN masculino o Caravelos Jorge por homicidio culposo del que resultara víctima NN femenino en la localidad de Florencio Varela”. Los restos de ambos fueron identificados por el Equipo de Antropología Forense en el Cementerio de esa localidad, donde figuraban como NN, e inhumados con sus nombres en el Cementerio de La Plata. En 2016, gracias a la lucha de su hija el juez Federal Ernesto Kreplak pudo probar que Jorge Caravelos y Lucía Swica fueron asesinados en un fraguado accidente automovilístico tras simular documentalmente su liberación; modificando la carátula del expediente como “Jorge Caravelos y Lucía Mirta Swica víctimas de homicidio y otros delitos”, reparando su memoria y estableciendo la verdad de lo ocurrido.

Sofía Caravelos expresó: “El día que los enterramos con sus nombres, sentí alivio. Ya podía empezar a calcular el peso de la ausencia, al que no se le sumaría más el gramaje del dolor de esa incertidumbre cotidiana...no se transita de la misma manera ese camino, con certezas que sin ellas. Y sí. Eso y mi militancia como abogada, me permitió dilucidar el entramado de responsabilidades. La desaparición de mis viejos, ese estado de indefinición acerca del destino de sus vidas, tuvo un ejecutor concreto. Los asesinos le pusieron nombre a su delito, dejando junto a esos desechos humanos un documento que permitía identificarlos. Para que se sepa que ese dirigente de la FAL había sido combatido. Sin embargo...un juez, un señorito juez, ordenó enterrarlos como NN. Como nadies. Despojándolos de sus historias. Dejándolos así en un cementerio desconocido. Ese juez cambió el destino. En su papismo por esos cobardes milicos, cubrió lo que ni ellos mismos habían querido tapar, sumidos en la impunidad del genocidio. Protegió. Encubrió a sabiendas, no sólo la muerte sino los meses de encierro en un

Centro Clandestino de Detención. Ese juez negó a mi propia abuela la información de sus destinos, en un Hábeas Corpus. Y además, estableció que el autor de la muerte de mi madre, era mi propio padre, en un silogismo jurídico”, expresó la hija de Jorge y Lucía, que agregó: “no sé aún porqué decidí ser abogada. Quizás si hubiera seguido dirección orquestal, nunca me hubiera topado con ese juez como docente de Historia Constitucional. En la cátedra del Dr. Mayon el programa no llegaba hasta la dictadura. Como militante aprendí cómo los jueces forjan identidades, que son los que habilitan la violencia, cómo se construye el perfil de los ‘pibes chorros’, cómo se descalifica a las mujeres víctimas de violencia, cómo se construye ese otro lejano a los que somos parte, cómo se les quita identidad y pasan a ser nadie. Solo un enemigo. Un alguien sin valor. Mayon fue juez de la dictadura y de la democracia. Hoy pesa sobre él, que se resuelva el pedido de imputación que presenté en la causa de la Comisaría 8ª, por encubrimiento de los homicidios de mis padres”. Por último Sofia recordó aquel día que secuestraron a sus padres: “Otra vez, pienso en el frío. En el 18 de mayo. ¿Llegaron a ‘La Cacha’ ese día? ¿Qué detalles serán los que imagine esta vez? ¿Este año? Que allí estaba el otro, tan amado, tan querido, tan cómplice; un alivio al que recurro año tras año. Lucía y Jorge estaban juntos allí. En una historia de amor que no pudo separarlos nunca desde que se conocieron. Una historia de amor que los unió y los separó muchas veces. Pero allí estaban, juntos. Días y noches interminables. Quisiera creer, me alivia imaginar, que si pudieron estar cerca, muy cerca, uno del otro, rozándose los cuerpos. Y que en ese momento, no sé cuál de los dos, pensó que quería morir con el puño levantado. Morir gritando algo, que no se iba a poder escuchar por el trapo en la boca. Pero seguro el otro, el otro sí pudo escuchar ese último grito a la luz de los faros, esa noche fría del 20 de julio. Seguro ese grito en silencio, hizo que no se sintieran tan solos, en ese descampado camino a Florencio Varela”.